

Religiosidad subjetiva (5-8 años)

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, *¿A quién catequizamos?*, Bujedo (Burgos), 1979, pp 37-41.

Una religiosidad incompleta

El niño de siete años es aparentemente religioso. Es una religiosidad que tiene más de credulidad que de espiritualidad. Su actitud interna es frágil, superficial, con mucho de sucedáneo.

El niño se siente vuelto hacia sí mismo: se despierta su fortaleza y sus capacidades de relación. Se abre su curiosidad con intenso deseo de protagonismo. Quiere estar en el centro de la esfera ambiental, sin advertir sus limitaciones.

Su religiosidad está muy sometida a lo sensorial. Es escasa la capacidad de trascendencia. Se apoya en una mente sumamente figurativa y simbólica, aunque sin posibilidad de interpretar adecuadamente las significaciones. Necesita adhesión a imágenes, gestos, relaciones, teniendo la mayor parte de las ideas parcialmente adquiridas o muy materialmente representadas.

Es religiosidad ilógica, con más de forma que de contenido; pues la mente no se halla madura para captar interpretaciones sólidas y serias, al menos con validez suficiente para poder entender el lenguaje de los adultos.

Acude a simplificaciones enormes, que hacen esta religiosidad ingenua y simplista. El niño no cuenta con posibilidad de justificación racional, ni tiene facilidad para asimilar las interpretaciones que le brindan los adultos.

RELIGIOSIDAD IMITATIVA

La religiosidad de la segunda infancia se halla dominada por el ambiente y por la influencia del adulto; tiene más de lenguaje que de mensaje.

Se vincula con las personas con las que se convive y se asocia a las actitudes y a los hechos de los mayores. El niño imita y reproduce sentimientos y expresiones. No sabe justificar sus creencias sin referirse a los padres y educadores. Predomina lo afectivo y lo imaginativo;

¿A quién catequizamos?

pero siempre en referencia a otros. Por eso la religiosidad no es autónoma, sino simple traslado de lo aprendido de manera espontánea o con formas más orgánicas y asistemáticas.

Por este motivo es una religiosidad también practicada, poniendo la atención primera en el cumplimiento de actividades o de procedimientos externos.

No se echa en falta la ausencia de actos religiosos, si la educación en este terreno no es propicia; pero tampoco se rechaza ninguna de las insinuaciones que prevengan del mundo de los educadores o de los familiares.

Y por esto también, la dimensión religiosa se sitúa en la intersección de la persona con el entorno, siendo el comportamiento imitativo y de difícil personalización.

Expresión - Comprensión religiosa

El proceso de la formación religiosa debe fundarse en el balance que a esta edad acontece entre lo comprensivo y lo expresivo.

- LO COMPENSIVO equivale al cúmulo de contenidos que paulatinamente va recibiendo el niño, hasta tal punto que la verdad recibida se funda principalmente en mensajes muy elementales y que implican para la mente infantil una sorpresa como punto de partida y una alegría en cuanto adquisición definida.
- LO EXPRESIVO aparece como necesidad reactiva posterior a la comprensión; y le lleva al niño a vincular también el aspecto religioso con la necesidad de comunicación con los demás.
- Precisamente, y en la medida en que el niño no acceda a niveles posteriores de maduración, la importancia para impulsar sus dinamismos religiosos habrá de ser este balanceo entre el comprender y el expresar. Y la formación catequística de este período habrá de fundarse en la necesidad de ampliar la comprensión y abrir cauces adecuados para la expresión.

ANTROPOMORFISMO RADICAL

- La incapacidad mental que el niño tiene en este nivel para la abstracción nos ha de hacer comprensivos con sus procesos interiores antropomórficos. El niño humaniza y sensibiliza cualquier valor religioso, pudiendo decir de él que es incapaz de espiritualidad en el

¿A quién catequizamos?

sentido etimológico de la palabra, pero que debe recibir ayuda para la adecuada apertura a lo espiritual.

- La imágenes de lo espiritual: Dios, alma, virtud, justicia, plegaria, etc., deben recibir adecuada atención. Los niños las poseen por recepción del exterior, y en este momento cuentan con un vocabulario religioso creciente. Pero es preciso entenderlas como procesos mentales que se fundan en lo sensorial. Los cauces de su mente se hallan estrechamente dependientes de libros, figuras, grabados, descripciones escuchadas, alusiones, que van produciendo una síntesis muchas veces vinculada con su imaginación caótica o con el predominio ocasional de unas impresiones muy pasajeras o particulares.
- Por eso es decisivo el análisis de la situación de cada sujeto, que pueden originar aspectos diferenciales muy importantes para la educación: la del niño tímido en quien domina el temor; la del niño agresivo en quien cuenta como preferente la acción; la del niño de mente obnubilada en quien no se fragua ninguna idea definitiva; la del niño muy afectivo que todo lo enmarca con sentimientos de acogida o con reacciones sensibles.

Estrategias educativas en catequesis

En función de estas características de la infancia subjetiva que representa la etapa de los seis o siete años, la educación religiosa se presenta como imprescindible, pero con una urgencia de adaptación y acierto.

- Conviene dar preferencia a lo vivencial sobre lo sistemático. Importa más el fondo de actitudes radicales que la forma de convenciones sociales. Pero deben ser adecuadamente valoradas las cosas externas, para que ellas sirvan de cauce a los valores religiosos en etapas posteriores.
- La catequesis tiene que dar preferencia a la armonía, de modo particular entre todos los que intervienen en la educación. La catequesis no puede presentarse aislada de todo el proceso educativo, ya que la mente del niño no hace diferencias sustanciales entre todas las realidades informativas que le llegan.
- La armonía entre familia-escuela-parroquia responde a esta necesidad de coordinación y de entronque entre todos. El equilibrio no se establece a priori, sin esfuerzo, con simples convivencias o acuerdos, sino que debe situarse en el terreno de los criterios y de las actividades. La armonía ha de conseguir un determinado clima de sencillez y de

¿A quién catequizamos?

naturalidad que haga a los educandos recibir la formación casi imperceptiblemente y no como efecto de mecanismos o pasos tecnificados.

- Son de gran importancia a este respecto los procesos formativos de la familia, en cuya actitud religiosa habrá de fundarse cualquier otra operación que se perfile extrafamiliarmente. El niño de esta edad tiene ante su afectividad el tamiz familiar y resulta contraproducente la ruptura de estas formas hogareñas, aun cuando no sean las mejores ni las más adecuadas.
- Se deben apreciar oportunamente los sentimientos religiosos como medio de desarrollar la religiosidad. El niño es lo suficientemente maduro para que estos sentimientos respondan a realidades consistentes, pero no lo plenamente autónomo para que se pueda independizar de los demás. Se ha de huir de cierto afectivismo ingenuo que impide la promoción de las ideas y de las relaciones firmes, sobre todo en función de los requerimientos posteriores que podrían implicar un rechazo agresivo de lo anteriormente recibido.
- Atención especial debe prestarse a las situaciones perniciosas que se pueden presentar en cualquier mente infantil, como malos ejemplos, deformaciones ambientales nocivas, choques fuertes entre principios recibidos y comportamientos observados. El niño ha de abrirse a la crítica desde este momento, a fin de que vaya estableciendo la diferencia existente entre el bien y el mal promovidos por la palabra y el comportamiento concreto de las personas.

Observaciones de Psicología religiosa para la segunda etapa

- En esta etapa evolutiva se debe valorar LA MEMORIA y apreciar el aprendizaje de fórmulas y de formas de expresión de la realidad religiosa, sin excesiva supervaloración de lo inmediato o concreto. Pero conviene abrir progresivamente caminos que hagan posible la preparación de etapas posteriores. No hay que menospreciar las explicaciones, las posturas personales, los hábitos de comportamiento, las disposiciones internas, so pretexto de inmadurez infantil. Formar la religiosidad del niño es sobre todo disponerle para la entrada positiva en los momentos posteriores.
- Precisamente por este motivo se ha de hacer hincapié en LA APERTURA HACIA LOS OTROS, que puede tener sus dificultades con estos niños que son eminentemente egocéntricos. La apertura hacia los demás se obtiene por la COLABORACIÓN, el desarrollo de actitudes de servicio, el establecimiento de hábitos donativos? Limosna,

¿A quién catequizamos?

compasión, trabajo por los otros, servicios diversos, etc., han de posibilitarse dando a estos gestos sociales interpretación religiosa mediante la oportuna referencia a Dios que está presente en la caridad de todos.

- El niño tiende a polarizarse en LA ORACIÓN DE PETICIÓN, la cual hay que apreciar en estos momentos como la más psicológica. Sin sacralizar excesivamente la vida infantil, será de gran valor que el niño aprenda a recitar plegarias y, sobre todo, a expresar deseos internos de forma espontánea y cordial. Es el mejor camino para fomentar la fe en lo trascendente y las actitudes de acogida de lo que no se siente sensorialmente.
- También tienen importancia las PARTICIPACIONES SACRAMENTALES, siempre como gesto de integración en el mundo adulto de los creyentes. De forma adecuada y gradual los niños de estos niveles habrán de colaborar en las ceremonias de la comunidad, como camino para una participación más real y personal.
- Es conveniente evitar moralizar la religión en este tiempo, defecto que es frecuente en el marco familiar o escolar. El factor religioso no está reducido a la bondad o malicia de las acciones, aun cuando este aspecto sea también apreciable. Hay que abrir la atención educativa a todo tipo de sentimientos y de actitudes que hagan posible el descubrimiento del mundo sobrenatural.
- No se debe olvidar la tendencia antropomórfica y personalizan de esta etapa, sobre todo en la presentación de los personajes religiosos: Jesucristo, Virgen María, ángeles, santos, sacerdotes, fieles creyentes, espíritus... El niño tiende de una capacitación parcial de estos fenómenos, por lo cual se impone una atención particular a la complementación de ideas, sentimientos y actitudes, por vía catequesis y educación

Cuestionario para el diálogo

1. ¿Cuáles puedes ser las consignas preferentes que es preciso atender en esta edad en lo referente a la iniciación sacramental: primera confesión, primera comunión, participación litúrgica, conciencia bautismal..., etc.?
2. ¿Qué lugar debería ocupar la Biblia, especialmente el Evangelio, en este momento evolutivo? ¿Qué valor damos a la historia sagrada o historia de la salvación en esta catequesis? ¿Corremos el peligro de aprovecharla en cuanto historia y de olvidarla en cuanto sagrada?

¿A quién catequizamos?

3. ¿Se puede entender una catequesis de los 6-7 años prescindiendo de las ideas y los testimonios de los adultos?
4. ¿Admitiríamos que a esta edad existen dos peligros en la catequesis: el moralismo o atención preferente a las acciones y el doctrinarismo o atención absorbente de la instrucción religiosa? ¿Cuál es a nuestro entender el que más nos acecha a nosotros?
5. ¿Qué valor catequístico atribuimos a la oración y a la vivencia religiosa en este periodo? ¿Pensamos que es fácil o difícil el provocar la experiencia religiosa en estos años de desarrollo?
6. ¿Cuáles pueden ser los cauces para una relación frecuente entre los diversos educadores de la fe en esta edad: padres, educadores, escolares, catequistas parroquiales, animadores de grupos infantiles..., etc? ¿Qué sugerencias se nos ocurren a este respecto?
7. ¿Consideramos fácil o difícil la catequesis a esta edad? ¿Por qué razones adoptamos esta respuesta.